



Leer el mundo para cuidar la vida

Mirar Distinto - Colaboratorio LEO

Eliana Castro Gaviria
Cristina Romero Ríos

Mirar Distinto - Colaboratorio LEO

© Colección Observatorio
de Lectura
© Fondo Editorial Comfenalco

ALCALDÍA DE MEDELLÍN
Federico Gutiérrez Zuluaga
Alcalde de Medellín

Santiago Silva Jaramillo
Secretario de Cultura Ciudadana

Andrés Sarmiento Villamizar
*Subsecretario de Bibliotecas,
Lectura y Patrimonio*

Herman Montoya Gil
*Líder de programa Secretaría
de Cultura Ciudadana*

COMFENALCO ANTIOQUIA
Esteban Gallego Restrepo
Director

Carolina Franco Giraldo
*Gerente de Bienestar Social
e Intelectual*

Leidy Johana Galvis Mejía
Líder de Servicios Bibliotecarios

Andrés Felipe Ávila Roldán
*Coordinación del Área
de Fomento de la Lectura*

Eliana Castro Gaviria
Cristina Romero Ríos
Autoras

Diego Aristizábal
Anamaría Bedoya Builes
Coordinación editorial

Diana Carolina Giraldo
Apoyo editorial

Paula Camila O. Lema
Corrección de estilo

Manuela Correa
Ilustración y diseño

Impreso en Medellín

ISBN 978-958-8479-46-0

Primera edición, octubre de 2024
Medellín, Colombia
Distribución gratuita

© Distrito Especial de Ciencia,
Tecnología e Innovación de
Medellín, 2024

© Comfenalco Antioquia, 2024

Derechos reservados
de los autores para textos
e imágenes, 2024

Leer el mundo para cuidar la vida

Mirar Distinto - Colaboratorio LEO

Eliana Castro Gaviria
Cristina Romero Ríos

Una publicación de:

Comfenalco
Antioquia

PCLEO
En Medellín
tenemos la palabra


Alcaldía de Medellín
Oficina de
Ciencia, Tecnología e Innovación

FICHA CATALOGRÁFICA

Castro Gaviria, Eliana

Leer el mundo para cuidar la vida: Mirar Distinto:

Colaboratorio LEO/ Eliana

Castro Gaviria, Cristina Romero Ríos; coordinación editorial, Anamaría Bedoya Builes,

Diego Aristizábal – Medellín: Alcaldía; Comfenalco,

2024

66 p.; il. – (Observatorio de Lectura)

ISBN 978-958-8479-46-0

1. Ética ambiental 2. Lectura 3. Respeto a la vida I. Castro Gaviria, Eliana. II. Romero Ríos, Cristina III. Bedoya Builes, Anamaría IV. Aristizábal, Diego. V. Título

Dewey 179.1 C355

Las entrevistas que reúne esta colección son una confluencia de inagotable curiosidad, rigor académico, aprendizaje experiencial, vida cotidiana y escucha atenta. Son una manifestación de las prácticas de lectura, escritura y oralidad; evidencia de que estas suceden en colaboración y nos posibilitan expandir las ideas, profundizar el pensamiento y cultivar empatía. Nos permiten descubrir y generar reciprocidad entre diferentes saberes. Nos impulsan a ser una humanidad más armónica en palabras, gestos e imaginación, motivándonos a mirar distinto.

Este es el retrato de una enamorada, de una lectora voraz de atardeceres, insectos, florecimientos, tormentas, riachuelos... El amor es la condición primordial de Cristina Romero para irradiar en otros la fascinación y el compromiso con la naturaleza. Eliana Castro la capta fielmente: narra la ternura, la rigurosidad y la fiereza con las que Cristina, preparada con las herramientas que debe tener un buen divulgador científico y promotor de lectura, siembra en otros la idea de que cada ser humano es determinante para el futuro del mundo y cualquier lugar es ideal para promover acciones urgentes por el cuidado de la vida: la selva, la casa, el museo, la escuela, la biblioteca e incluso un centro comercial.

Eliana Castro Gaviria

Comunicadora social y periodista, editora y correctora de textos. Ha participado en distintos proyectos editoriales del periódico *Universo Centro* y de *De la Urbe*, laboratorio de periodismo de la Universidad de Antioquia. Hace parte del proyecto Biblioteca Digital de Medellín de la Biblioteca Pública Piloto. En compañía de tres amigos, fundó una editorial con carácter: Arbitraria.

Cristina Romero Ríos

Ingeniera ambiental de la Universidad de Medellín con maestría en Divulgación científica y apropiación social del conocimiento de la Universidad de Edimburgo, Escocia. Coordina contenidos de proyectos del Parque Explora, y es autora del libro infantil *El bosque seco*. No se cansa de conversar sobre la naturaleza.

*Puedes ser dócil porque te golpeen o porque
te acaricien, la cosa es que nadie quiere ser
dócil. Nadie quiere perder
su libertad. Yo le pregunté al yachak:
¿cómo hago para domar a mi diablo?
Y él me respondió: pregúntale al volcán
cómo es que duerme con ese fuego.*

*Chamanes eléctricos en la fiesta
del sol, Mónica Ojeda*

El día que Cristina Romero Ríos cumplió diecinueve años no salió de fiesta. O a lo mejor sí, pero eso no es lo que recuerda porque ella solo tiene memoria para lo que le atraviesa el corazón. Ese día, Cristina, que cursaba segundo o tercer semestre de Ingeniería ambiental en la Universidad de Medellín, decidió visitar una feria de ciencia en el Parque Explora. Rodeada de niños y niñas de colegio ansiosos por mostrar elaborados sistemas de aprovechamiento de energía solar o probar instrumentos musicales hechos con botellas recicladas, supo a qué quería dedicarse el resto de la vida.

“A mí esa feria me cambió la vida. Ese día entendí la importancia de abrir el conocimiento para que otros sientan que vale

la pena entender y enriquecer la realidad”, cuenta Cristina casi quince años después. Tiene la mirada de una niña de cinco años —los ojos grandes, claros, expresivos—, un cuerpo menudo y una voz dulce que a veces parece rugir cuando habla de bosques y pájaros. “Esas ferias hacen que la ciencia sea algo público —continúa—. Encontrás a montones de niños y niñas de Medellín y de otros municipios que se están haciendo preguntas parecidas a las tuyas. No hay profesores sembrando inquietudes sino estudiantes pensando sus propias preguntas. Ese día descubrí que mi motivación en la vida sería lograr que otras personas se hicieran preguntas, en cualquier área de conocimiento, especialmente sobre la vida... Porque estar vivos es una cosa muy rara y finita, y no importa qué te gusta a vos o no, sino que la vida no pase sin inquietarte”.

Ese día fue la primera vez que vio la ciencia como algo vivo, cercano. No era el

dato o el ejercicio indescifrable en un libro escrito hace millones de años por un autor extranjero, sino un diálogo entre estudiantes y profesores: la vida cotidiana del barrio o de la escuela, atravesada por preguntas y emociones. Tiempo después de esa visita a Explora, otra tarde en la que subió a la terraza del Planetario, Cristina escribió en un cuaderno rosado que su mamá le había regalado a los ocho años: “Cuando sea muy tesa quiero trabajar aquí”. No fue un simple deseo. Fue casi un conjuro.

Cristina Romero nació en Medellín un día de septiembre de 1990. Del padre —contador de profesión, fotógrafo de bautizos y primeras comuniones por encargo— heredó el carácter, la chispa, el ángel; de la madre —ama de casa que estudió pero no ejerció la Zootecnia—, la disciplina, el juicio, la estructura. Del cruce de ambos mundos, la convicción de que salirse del molde podía ser natural. Es la

menor de dos hijas. La extrovertida, la viajera, la fiestera, la que vivió una infancia repleta de clases de natación, karate, pintura, flauta y patinaje.

Motivos para amar lo que ama le sobran, y ella elige empezar por ahí. Por el origen campesino de sus abuelos paternos, que crecieron en fincas en San Antonio de Prado y Yarumal; por el abuelo Rodrigo, que tenía un telescopio en casa y fue jardinero de Suramericana toda la vida. Por la casa de esos abuelos repleta de plantas y animales, donde ella jugaba a encontrar formas todo el tiempo: en las hojas, las nubes, la tierra. Por Nacho, la iguana que le regalaron cuando tenía ocho años y que trató como si fuera un integrante más de la familia hasta los doce. Por ese sueño infantil de querer dedicarse a acariciar animales toda la vida. Por la tía que la vio llorando desconsoladamente cuando Nacho murió, quien le mencionó por primera vez la

posibilidad de estudiar Ingeniería ambiental, una profesión que tenía que ver con la naturaleza pero no implicaba el sufrimiento de ver morir animales.

No fue una gran devoradora de libros. Les tenía miedo a los libros gordos, pesados, sin dibujos. Le costaba quedarse quieta, en silencio, concentrada en un texto impuesto por un profesor. Disfrutaba, en cambio, las visitas con su mamá a las bibliotecas y la posibilidad de prestar libros con ilustraciones. Ya entonces intuía lo que diría muchos años después: que no solo se leen libros sino que también se pueden leer tormentas, lluvias, playas, cultivos, personas, gestos, manías. Que la lectura es un descubrimiento, una interpretación, una manera de estar atenta al mundo, y a ella —una monita crespa, hablantínosa, que escribía y dibujaba todo el tiempo en diarios— le gustaba encontrar distintas formas y perspectivas de la vida.

Aún hoy prefiere los libros ilustrados, y la poesía que se acerca a la naturaleza con curiosidad, con método, sin esconder las emociones que provoca. Entre sus poetas de cabecera están Mary Oliver, Walt Whitman y Henry David Thoreau.

Ya adolescente, fue una estudiante *nerd* pero también *cool*. Nada que ver con las muchachitas apocadas por la vida de las películas gringas. Pasaba los descansos resolviendo identidades trigonométricas o integrales triples por gusto, y después salía a montar patineta y a escuchar punk—punk y no metal como la hermana, para marcar la diferencia; punk que todavía la levanta en los días más difíciles—. Un profesor suyo, Marco Tulio Ortiz, cada que la veía le decía: “Esa mirada tuya... Yo no me equivoco, vos vas a hacer grandes cosas”. Una mente así de amplia iba a tener problemas a la hora de elegir una profesión: quería estudiar Ingeniería ambiental, Matemáticas, Biología,

Diseño gráfico. La hermana mayor, ingeniera de procesos al fin y al cabo, fue la que le ayudó a salir del lío. Le dijo: “estudie Ingeniería ambiental, que en las ingenierías están las matemáticas y la biología. Y sigue dibujando”.

Al principio amó la Ingeniería ambiental. Era la fascinación por las matemáticas combinada con el descubrimiento de las ciencias básicas, con mucho de química para saber de qué está hecho el mundo y algo de sociología para comprender cómo puede ser más armónica nuestra relación con la naturaleza. Al final, cuando la carrera se concentró en normativas y formatos, la padeció. “Sentía que había un engaño ahí. Nos decían: ‘esto se va a hacer sí o sí, y la industria lo que debe hacer es parecer que se está preocupando’. Parecer, no ser. Era aprender a meter la basura debajo del tapete cuando aparecía la autoridad ambiental. No había un cuestionamiento de fondo”.

De todas maneras terminó la carrera, porque estaban pasando otras cosas afuera. Ya era asidua visitante del Parque Explora, y tenía un plan maestro desde primer semestre: estudiar una maestría en inglés fuera del país. Supo de un amigo que había viajado con Aiesec —Association Internationale des Étudiants en Sciences Économiques et Commerciales—, una red de voluntarios que movilizaba a cientos de jóvenes por todo el mundo, y empezó a averiguar qué necesitaba para irse. No sabía cuál, pero quería un lugar que la incomodara y la forzara a aprender el idioma en cada situación. En una de tantas charlas alguien le mencionó la posibilidad de viajar a un país africano donde se hablara inglés pero que no estuviera occidentalizado. Le hablaron de Kenia, Nigeria y Uganda. Esa noche llegó a su casa a buscar en internet, y encontró en Kenia los paisajes áridos de *El rey león*. “Me obsesioné y me fui para Kenia...”.

Entre la decisión y el viaje pasó por lo menos un año. Al principio, en su casa hubo cierto miedo que se tradujo en silencio. Sin embargo, con los días, y ante la inminencia del viaje, empezó a recibir apoyo. En ese tiempo entró como practicante a Argos a rellenar matrices con requerimientos ambientales y ahorró cada peso que ganó. El día de su graduación su papá fue el primero en gritar: ¡Hola, África!

A Kenia llegó un mediodía gris y frío de julio de 2013. En la foto de despedida en el aeropuerto aparecen sus padres, abuelos y amigos sosteniendo una tela blanca con un dibujo infantil del continente africano. Cristina tenía veintidós años y una vida hasta entonces muy ajustada, obediente, cumplidora: de la escuela a la universidad y de la universidad a la vida profesional. En los dos días que duró el viaje, el mundo pasó por sus ojos: convivió con mujeres musulmanas, familias alemanas

y azafatas etíopes que la cuidaron, y ella, más curiosa que asustada, no se privó de ninguna conversación.

Durante seis meses fue profesora de matemáticas, ciencias naturales e inglés de niños de tercero y cuarto de primaria en una escuela en Mathare, un suburbio de Nairobi en el que viven casi cien mil personas sin agua ni electricidad. En Mathare Cristina conoció una pobreza muy distinta a la que había visto en Medellín: una pobreza en la que no había quebradas ni bosques a menos de una hora de la ciudad y en la que los suburbios se levantan encima de la basura. Success Care, la escuela, era privada, no por lujosa ni exclusiva sino porque, a falta de colegios públicos cercanos, algunos vecinos recogían textos académicos y montaban escuelas improvisadas con unos pocos profesores de planta y algunos voluntarios. “Había un montón de niños que

iban al colegio a que les leyéramos la lección, nada más”.

La vida empezó a ser una contradicción insostenible: ellos, los voluntarios, vivían en barrios con agua caliente, jardines e internet, mientras en Mathare abundaban las enfermedades y los niños estudiaban en salones hechos de madera y lata con piso de tierra. Como pudo, Cristina empezó a decorar los salones con carteleras con consejos y frases motivacionales, y creó una pequeña guía para los voluntarios con el contenido mínimo que se debía dictar en cada grado. En menos de quince días organizó una campaña para recolectar fondos y comprar un salón que le perteneciera a la escuela y no hubiera que pagar mes a mes. Llamó a amigos y conocidos en Colombia, dio entrevistas en medios nacionales, consiguió el apoyo de Sura, y no solo logró comprar un bar viejo que había al lado de la escuela, sino también que Aiesec y la

escuela sellaran un trato: lo que la comunidad se ahorraría en el pago del alquiler del salón, lo usaría para contratar un nuevo profesor y darles a los niños un día de parque cada año.

En el pico de toda esa exposición, no pudo evitar sentirse incómoda. Se preguntó varias veces si no estaría jugando a la “blanquita salvadora” que iba a África a tomarse *selfies*. “Pensaba mucho en quién me creía yo para cargar esas banderas cuando en Colombia no había hecho nada para aliviar las situaciones de inequidad tan profundas que existen. Hasta que dije: ‘ayudar es ayudar’”.

De esos meses frenéticos como extranjera queda un blog en internet: *¡Hola, África!* Ahí están consignadas sus aventuras y desventuras en Kenia: los viajes en *matatus*, las conversaciones con los niños en medio de la nada, las funciones de títeres y los carritos de colección que le enviaron

desde Colombia para sus estudiantes. En las fotos aparece Cristina rodeada de niños y niñas aplaudiendo, cantando, prestando atención, agradeciendo. Las anécdotas están registradas con toda su gracia: descripciones detalladas, onomatopeyas, diálogos, reflexiones honestas...

En el último mes estuvo dedicada a rellenar botellas plásticas con basura para fabricar ecoladrillos y construir una banca con profesores, estudiantes, padres de familia y recicladores de Mathare. Aunque en un principio la comunidad desconfió de la idea, e incluso intentaron cobrarle por construir el primer espacio público para descansar, a medida que la construcción avanzó los vecinos se acercaron para celebrar y aprender.

Voy a recoger plantas y fósiles, y a realizar observaciones astronómicas con el mejor de los instrumentos. Sin embargo, este no es el propósito principal de mi viaje. Trataré de averiguar cómo las fuerzas de la naturaleza actúan unas sobre otras, y de qué manera el entorno geográfico ejerce su influencia sobre los animales y las plantas. En resumen, debo aprender acerca de la armonía en la naturaleza.

Alexander von Humboldt

Dicen los que saben de viajes que después de la primera maleta empacada no hay vuelta atrás. Y Cristina, que vive de montaña en montaña y de aeropuerto en aeropuerto, lo confirma. No por nada se identifica con la *Setophaga fusca* o reinita de fuego, un ave migratoria muy inquieta y pequeñita que cada invierno viaja desde Canadá hasta estas tierras tropicales en busca de calor. Tiene el alma de esos viejos expedicionarios que necesitaban dibujar, clasificar, pisar, describir, leer y releer el mundo. Cuánto le hubiera gustado conversar con Humboldt. Cuando tiene viajes largos elige el número de silla de acuerdo con la ruta del vuelo y pasa horas leyendo montañas, bosques, potreros, vientos y nubes.

Regresar de Kenia fue difícil. Cristina se sentía perdida, apagada, incoherente. “Ya no era ese fuego de 2012 que se quería comer el mundo, sino un deseo de desaparecer”. Entró a trabajar como investigadora en la Universidad de Medellín y después al área de innovación de Argos. Cuando recuperó la confianza y despejó la mente, empezó a maquinar el siguiente plan: una maestría en divulgación científica y apropiación del conocimiento, en inglés. Si quería llegar al Parque Explora tenía que pasar por ahí, pensó. Buscó becas y pasó a la Universidad de Edimburgo.

Esta vez no la deslumbraron los castillos de más de cuatrocientos años ni las torres con relojes ni los bosques pálidos de película europea, aunque adoró los jardines florecidos de sus vecinos y el reflejo del cielo en los taxis escarabajos. Edimburgo no fue el corazón desbocado hacia los otros sino hacia ella misma. Mientras

cursaba la maestría leyó una noticia que decía que en Colombia solo quedaba el ocho por ciento de los nueve millones de hectáreas de bosques secos tropicales que originalmente cubrían el país. Algo le dolió en el pecho. Se transportó a 2009, cuando supo de la existencia de la Reserva Natural Sanguaré en el golfo de Morrosquillo en una salida de campo de la universidad. Recordó la fascinación que había sentido al conocer las distintas formas en las que se adaptan estos ecosistemas para superar las temporadas de calor; cómo los árboles mudan sus hojas en las épocas de sequía, que pueden durar de tres a seis meses, y cómo reverdecen en los meses de lluvia. Ella, que creía que en el trópico el clima y los paisajes no cambiaban, los vio mutar allí. “Yo leí esa noticia y fue como si me hubieran dicho que a mi mejor amiga de la infancia le quedaba ocho por ciento de vida. Tenía que hacer algo”.

Decidió convertir esa noticia, ese dato aislado en un periódico, en un libro ilustrado que hablara de la belleza de los bosques secos y advirtiera sobre sus amenazas y cuidados. Si algo le gustaba hacer en la vida era dibujar, y si algo estaba aprendiendo era a contar historias. En la maestría, además, había leído que los libros infantiles son de las pocas publicaciones que no están pensadas únicamente para el público para el que se crean, es decir, los niños. Antes de que lleguen a esas manos pequeñas y traviesas, hay un par de ojos curiosos de una madre o de un profesor que los escoge con minucia, y una voz o muchas voces que van a acompañar la lectura. También había leído que los libros infantiles suelen leerse en familia, que los temas que se tocan con los niños en entornos seguros y amorosos tienen un impacto mayor en las personas, y que los niños que aprenden sobre el cuidado de la

naturaleza seguramente van a seguir interesados por el tema el resto de sus vidas.

Cristina empezó a revisar las escasas investigaciones que había sobre bosques secos tropicales en Colombia y a comparlas con los innumerables estudios sobre las selvas húmedas. Encontró algunas guías de especies e investigaciones muy completas sobre las amenazas a estos ecosistemas, pero no publicaciones que tuvieran un tono amable. A medida que leía y conversaba con expertos, concluía que la manera en la que iba a presentarles a las comunidades el conocimiento sobre los bosques secos debía ser no solo informativa, sino también cautivadora. “Armando la investigación leí una cosa que me llamó la atención sobre la importancia de comunicar datos científicos a las personas para lograr que cambien su comportamiento. No porque yo sepa que solo queda el ocho por ciento del bosque seco tropical en

Colombia voy a cambiar mi comportamiento. Hace falta entregar la información de tal forma que sea atractiva para los lectores, que la encuentren relevante y que se conecte tanto con sus emociones como con sus perspectivas de beneficio personal. Nuestros cerebros le prestan más atención a la información que proviene de nuestras emociones. Todas las personas tenemos intereses distintos, a todos nos mueven cosas diferentes. Para mí, por ejemplo, fue suficiente ver esa cifra de un lugar que amaba para querer hacer algo, porque ahí conecté dos motivaciones. Pero a alguien que no sabe ni que el bosque seco existe no le sirve para nada enterarse de que esos árboles están en riesgo”.

La historia de *El bosque seco* es la expedición que una madre y un hijo emprenden por uno de los tantos bosques secos tropicales que hay en Colombia. Pero el viaje es solo la excusa narrativa, el vínculo

emocional con el ecosistema, porque después de mostrar a las mariposas amarillas y a los periquitos, a los escarabajos escaladores transportando bolas de caca y a los monos aulladores saltando entre los árboles, la autora enumera algunas de las amenazas a las que están expuestos estos ecosistemas: los monocultivos, la minería y la deforestación; y al final hace un llamado a la acción con los compromisos que todos podemos asumir para cuidar estos bosques.

No hay nada ficticio en el libro. Cristina eligió la no ficción porque, como su santo patrono Humboldt, está convencida de que una historia de la naturaleza bien contada supera cualquier fantasía. En el proyecto incluso escribió una pequeña guía para contar e ilustrar historias de no ficción. Entre otras cosas, dice: “Para mantener a los lectores conectados a través de la historia, es importante conservar el ritmo y la tensión, de tal forma que deseen seguir pasando

las páginas hasta llegar al final. Las figuras literarias y las ilustraciones que permiten ‘mostrar más que contar’ estimulan la imaginación para que los lectores saquen sus propias conclusiones sobre ciertos detalles de los personajes y las situaciones, y eso aumenta el disfrute de las historias”.

No fueron meses fáciles: pasó días enteros dibujando más de veinte especies, una por una, y buscando en libros el color del paisaje. Pero entre más dibujaba, menos segura se sentía de sus ilustraciones. De vuelta en Colombia se dedicó a pulir el libro y a reconciliarse con sus dibujos. Trazó, tachó y volvió a trazar hasta alcanzar un estilo que la convenciera. Peleó con el síndrome de impostor y con el impulso de compararse con otros ilustradores, encontró en sus dibujos la dosis de verdad y emoción que necesitaba, y en 2020 les escribió un correo al Instituto Humboldt, a la Red Latinoamericana de Bosques Secos

y a Lazo Libros, una editorial que publica historias de no ficción para niños, y les propuso editar el libro. Las tres instituciones respondieron que sí, le brindaron asesoría científica y editorial y publicaron el libro.

Esa suma de voluntades para la publicación de su libro llegó en un momento en el que necesitaba sentir que, en medio de la crisis ecológica, valía la pena seguir haciendo esfuerzos por enamorar a la gente, y sobre todo a los niños. “No sé qué vaya a pasar con el planeta, no tengo una bola de cristal, pero sé que el panorama está crudo. Es doloroso. A veces me despierto en la noche pensando en que si seguimos a este ritmo de deforestación, en cuarenta años no vamos a tener bosques en Antioquia. Y cuarenta años es muy poco. Me da vergüenza ver a los niños y saber que no van a tener bosques...”.

A principios de 2021 el libro estuvo en las calles. El Humboldt imprimió 1.800 copias

en español y 300 en creole, para que también se leyera en San Andrés y Providencia, donde hay bosque seco tropical. Además lo puso en internet para descarga gratuita, y publicó un podcast narrado por Cristina y ambientado con sonidos de la naturaleza. Cristina celebra esa manera de acceder al material, el acceso libre al conocimiento, pero también lamenta que ya no queden copias físicas para llevar a bibliotecas y librerías.

Además de tener un lenguaje comprensible y amigable para todos los lectores, grandes y pequeños, *El bosque seco* está escrito para ser leído y conversado. Contiene preguntas, diálogos y sonidos, muchos sonidos: las hojas que caen de los árboles, las chicharras que cantan para buscar el amor, los periquitos, los loros y las guacamayas tan escandalosas, los ñeques escondiendo la comida en la tierra. El libro fue también una forma de recordar esas primeras aproximaciones suyas a la lectura, cargadas de

imágenes y sonidos, y de cerrar un capítulo de su vida con esa adolescente que quería estudiarlo todo y dibujar mucho.

El libro también la ha llevado de viaje por muchos bosques secos de Colombia. Hace unos meses conoció a una promotora de lectura de Bucaramanga, Daniela, que hace recorridos para dibujar las especies que aparecen en el libro y la invitó a presentar *El bosque seco* en su ciudad. De cuando en cuando a Cristina le llegan a su Instagram mensajes con dibujos de nuevas especies encontradas en los bosques secos. Después de quince años volvió a Sanguaré para llevar las últimas copias físicas del libro, y ella misma le propuso a la comunidad hacer una especie de voluntariado con niños y niñas de la Reserva y de la biblioteca María Mulata en Rincón del Mar. Estuvo un par de semanas recorriendo los bosques, tomando fotos y dibujando las especies de los bosques de Sucre. Fiel a la idea de que

“cada bicho tiene una historia por contar”, le asignó una especie a cada niño y le encomendó la tarea de escribir una historia sobre ella. Cuarenta niños y niñas escribieron y leyeron el relato de un animal o planta de su cotidianidad. Cuarenta relatos componen dos volúmenes de una publicación sobre la biodiversidad narrada desde la curiosidad infantil. “Allá ya no fui esa pelada blanquita que va a contarles a los niños y niñas cómo es el bosque que tienen al frente, sino que fueron ellos quienes nos contaron a mí y a sus familias cuál es el bosque seco que ellos ven”, dice Cristina.

El bosque seco ha sido para ella, sobre todo, una inquietud y una invitación a escribir más historias que sucedan en el país. Ya lleva un par de años trabajando en su segundo libro. Esta vez hará un recorrido por los nevados, los desiertos y los mares que componen la geografía colombiana. Piensa un poco en el libro que está leyendo ahora,

Una trenza de hierba sagrada, de una autora que tuvo que desaprender sus conocimientos ancestrales cuando entró a la universidad a formarse como científica y luego volvió a su comunidad para reaprender. “En este país necesitamos vernos más en las historias, en los libros, sobre todo en los libros para niños. Para mí es muy importante el tema del conocimiento situado. Muy bonito lo que piensan en otras partes, pero qué hemos pensado acá, cuál ha sido el conocimiento que hemos logrado acá, cerquita. Ojalá dejáramos de importar tantas historias, de consumir esos relatos con los que crecimos, los cuentos de Disney, y empezáramos a tener buenas narraciones de lo que pasa acá, para apropiarnos más de lo nuestro y dejar de ser tan indolentes cuando lo que tenemos al frente desaparece...”.

*Una o dos cosas son todo lo que necesitas
para recorrer la laguna azul, la honda
hojarasca de los árboles y las rígidas
flores del relámpago —un profundo
recuerdo del placer, un filoso
conocimiento del dolor—.*

Mary Oliver

Si pudiera tener un superpoder, Cristina no elegiría volar ni congelar el tiempo ni ser millonaria. Ella quisiera estar como en aquella famosa película de 2022: en todas partes al mismo tiempo. Y no solo poder estar sino también poder sentir la vida en todas partes. Es un sueño, pero en la medida de sus posibilidades lo consigue: un año dicta un diplomado sobre emergencia climática para periodistas y al otro conduce un programa educativo de televisión pública para hacer un llamado al cuidado del planeta; una semana participa como escritora en un festival literario en San Onofre y a la siguiente dicta una charla-taller para promotores de lectura...

Para Cristina la naturaleza es todo. No es solo la reserva protegida e impoluta a

doce horas de la ciudad o la montaña imponente que escalan los atletas, sino también el primer silbido que escucha en las mañanas cuando abre los ojos y los guayacones que florecen una vez al año. “Nos ha dado por pensar que existe una separación muy grande entre lo citadino, el acabose, y los lugares conservados. Pero resulta que cada vez somos más las personas que vivimos en las ciudades, y necesitamos empezar a mediar esa rivalidad —dice—. Lo que pasa en un lado repercute en el otro. No tenemos que irnos lejos para sentir la naturaleza. Ella está aquí, en Medellín, donde pareciera que uno rasca la tierra y encuentra una forma de vida nueva...”.

Esa desconexión con la naturaleza, piensa, solo puede ser reparada desde el amor. Desde un amor que es amplio, generoso, que no se reduce a una pareja sino que se enriquece de todos los seres del planeta. Lo dice ella, que pasó años

cuestionándose cómo debía ser su forma de defender la naturaleza y cómo debía transmitir ese mensaje que tanto le importa. Que superó la rabia, el agobio, la desazón, la impotencia, y llegó a la conclusión de que lo que no toca el corazón, no provoca ninguna transformación. En 2019, después de regresar de Edimburgo, Cristina planeó con una amiga un viaje al Parque Nacional Yosemite, en California. Allí, en medio del silencio y de rocas gigantescas de millones de años, tuvo una revelación: “me puse a pensar: todo el mundo come lo que se le da la gana, hace lo que quiere, y yo vivo cuestionándome cada cosa. ¿Por qué no puedo simplemente quitarme esta culpa y hacer lo que me dé la gana? Entonces veía la belleza de ese lugar y decía: ‘no, yo no soy una mártir, yo estoy enamorada...’. Esto es una conexión espiritual tan profunda, que yo no quiero ir en contra de eso que tanto amo. El amor

es una fuerza tremendamente poderosa. Más allá de la obligación, la responsabilidad, la culpa, está el amor. Cuando vos estás enamorado de algo y sabés que ese algo está en peligro, te preguntás qué podés hacer para cuidarlo”.

Humboldt fue uno de los primeros en decir que la naturaleza debía experimentarse desde el sentimiento. De eso precisamente hablan las investigaciones de la psicología de la conservación: de integrar las emociones y la experiencia personal con el cuidado del mundo natural. Más allá de las teorías y los datos, la psicología de la conservación considera que la conexión sentimental de las personas con el mundo natural influye en su comportamiento hacia él. Y esa conexión puede ser emocional (simple curiosidad) o cognitiva (la comprensión de las funciones y los beneficios de la naturaleza para el bienestar humano). A partir de esos niveles, hay diferentes tipos

de mensajes que provocan cambios en los hábitos de las personas y conducen a relaciones más sostenibles y armoniosas.

Se sabe, por ejemplo, que los mensajes que hablan de pérdidas pueden generar apatía en personas que no están involucradas con el tema. En cambio, los mensajes que remarcan el amor y la fascinación por la naturaleza son mucho más poderosos para estimular la imaginación y captar la atención, en especial cuando se complementan con invitaciones a la acción. “La pérdida, el miedo, es una de las formas más tristes en las que hemos comunicado estos temas de la naturaleza —dice Cristina—. Si presentamos la naturaleza como a una enferma terminal, ¿quién va a querer acercarse a ella? Nadie. El ser humano tiene un mecanismo de autoprotección que le impide enamorarse de aquello que está muriendo: si todo está perdido, yo para qué me voy a enganchar. Por eso el camino es la

inspiración, la curiosidad: una vez las personas están inspiradas, enamoradas, van a preguntarse qué hacer. Pero si ni siquiera lo conoces, ¿cómo te vas a querer vincular con algo? Ese es el camino para lograr un cambio de actitud. Cuando uno está enamorado de algo lo quiere cuidar porque le nace. Yo amo a mi mamá, por ejemplo, y no porque yo sepa que probablemente la voy a acompañar en sus últimos días voy a dejar de quererla; antes con mayor razón voy a hacer lo posible por celebrarla, por darle la mejor vida posible. Lo mismo nos debería pasar con el planeta”.

Cristina cree en un amor que no pierde la pelea con el horror. Un amor que no pertenece a unos pocos seres dotados de sensibilidad, sino que recupera en todos el espíritu curioso de los niños que juegan a encontrar formas en las hojas. Un amor que reconoce que, como seres humanos, estamos dotados para conectar con la vida:

tenemos un par de oídos listos para aprender a diferenciar los silbidos de las aves, un par de ojos para distinguir entre los diversos verdes de los bosques nativos y el verde uniforme de los monocultivos.

Para ella la divulgación de estos temas tiene que ser una cuestión coexistencial, algo que involucre la vida propia, un entusiasmo que contagie, que se comparta y se disfrute en compañía. “Lo que estás hablando te tiene que tocar, para hacer que el otro no sienta que está escuchando o leyendo sobre algo ajeno. Si la persona que te lee o te escucha no se siente involucrada, pues no lo va a entender y no va a hacer nada. Tus acciones son el mejor ejemplo del mundo. Uno puede decir hasta misa, pero no hay mejor inspiración que ver que toda esa carreta que vos decís es realidad... No se trata solo de imaginar o de recomendar, sino de ser tu propio bicho de laboratorio, tu propia obra, como dice

esa frase cliché de Gandhi: ser el cambio que quieres ver en el mundo. En la medida en que uno comparte, el otro se conecta. Lo mejor que podemos hacer todos los que estamos involucrados con el cuidado del mundo es ser ejemplo. Si nosotros estamos enamorados, vamos a hablar con emoción, y esa emoción es verdad. Es muy emocionante ver a alguien apasionado por un tema, porque ahí aparece esa gana de ver lo que el otro está viendo y lo que al otro le genera emoción”.

Hace un par de años Cristina coordinó junto con Alejandro Álvarez el área de Cultura Ambiental de la Universidad EAFIT y dio clases a estudiantes de todos los semestres y carreras. Más que un programa de sensibilización, participación y divulgación ambiental, era un voluntariado en el que, al tiempo que conversaban sobre especies invasoras o en peligro de extinción, salían a erradicar ojo de poeta o a sembrar palma de cera o

a hacer pacas biodigestoras en distintos barrios de Medellín. Abundaban los conceptos, pero también las salidas de campo en las que profesora y estudiantes aprendían otras habilidades y, sobre todo, disfrutaban. “Los conceptos se los lleva el viento. Este tipo de actividades deben ser divertidas, porque en la medida en que las personas se conectan con sus emociones, fijan sus aprendizajes”. No por nada la actividad más importante del curso era bañarse en un río.

Aunque tuvo que lidiar con la desidia de muchos estudiantes a los que solo les importaba la nota, también fue testigo de la transformación de muchos en sus relaciones con la naturaleza. “Cuando vos mismo, en compañía de otros, contribuís a la disminución de una problemática que se ve tan grande a lo lejos, dejás de ser solamente parte del problema y te das cuenta de que tenés cierta capacidad de transformación. Entonces dejás de mirar el mundo

como algo que te afecta y te pesa, y entendés que podés hacer tu parte. Hoy sos un estudiante y hacés esto desde un voluntariado, pero mañana podés ser el gerente de una empresa y hacer más. No sabemos qué va a pasar en el futuro, pero sí que depende de nuestras acciones”.

Para eso son fundamentales ciertos lugares de encuentro como las escuelas, las universidades, las bibliotecas o los museos: para leer, conversar, escuchar, curiosar, encontrarse, compartir y ampliar la mirada del mundo. Más que edificios repletos de libros, las bibliotecas —gracias también a los promotores de lectura— están llenas de historias, pensamientos e ideas que circulan por todos lados, de todas las formas y en todos los formatos, y que les ayudan a las personas a salirse de sus propios pensamientos y encontrar otros estímulos para conectarse con el sentido de la vida. “Estamos en una crisis

muy profunda. El 94% de las especies ha desaparecido desde 1970 hasta ahora, y los glaciares tropicales van a dejar de existir en treinta años. Hay que conversar de estos temas y aferrarnos a lo que aún tenemos. No sentirnos aislados es el primer paso para tener comportamientos más amorosos y cuidadosos con un planeta que está en crisis precisamente por nuestra desconexión con él, porque sentimos que no pasa nada si hacemos daño por fuera de nosotros, y resulta que para poder existir, dependemos de eso que creemos que está afuera”.

Todos los seres humanos, además, tenemos una historia propia con la que es importante conectar. “Las personas vienen con un terreno, algunos más fértiles que otros para ciertos temas. Lo que hace un promotor de lectura es sembrar semillas. Puede que el terreno esté tan fértil que una palabra haga que brote algo en la cabeza del otro, pero también puede pasar que

eso que yo siembre se quede latente y con el riego y las experiencias de otras personas más adelante brote, o que no pase nada. Nadie sabe en qué se va a convertir esa semilla. Seguramente no va a ser el mismo árbol del que salió, nadie va a pensar como uno, sino que en cada quien, dependiendo del sustrato, se va a convertir en algo distinto. Esa es la belleza de compartir el conocimiento...”.

A principios de 2024 la invitaron a participar en el diseño de una experiencia “inmersiva e hiperrealista” sobre las selvas colombianas para el centro comercial El Tesoro. La misión consistía en recrear lo que sucede un día en la manigua, desde que amanece hasta que anochece, y registrar cómo aparecen e interactúan miles de especies. No lo pensó mucho y aceptó. No iba a perder la oportunidad de poner a miles de personas a conversar sobre el cuidado de las selvas ahí mismo, en un centro

comercial, esos lugares aparentemente tan distantes pero tan decisivos para el futuro de estos ecosistemas.

En compañía de un amigo biólogo, Sergio Carvajal, Cristina pasó un mes intenso rastreando animales, plantas y comportamientos de las selvas del Amazonas y del Chocó. Para contar la historia del ecosistema más biodiverso del mundo, en el que todos los días aparecen y desaparecen nuevas especies, debieron elegir diecinueve personajes: se rindieron ante la majestuosidad y popularidad del jaguar, la anaconda y el delfín rosado, y eligieron a otras estrellas menos conocidas como el osito trueno —el perezoso más pequeñito del mundo, de apenas dieciocho centímetros—, y la hormiga bala —uno de los insectos más venenosos del planeta—. Después de seleccionar los personajes, Cristina y Sergio se dedicaron a revisar y ajustar el guion de la experiencia, la animación de los

personajes, la composición musical y el diseño del espacio, para que fueran lo más fieles posible a la realidad. La experiencia fue lanzada a principios de julio y recibió más de ocho mil visitantes, la mayoría niños y padres de familia.

Eran quince minutos de video en los que el espectador gozaba cada que aparecía una especie nueva. Cristina disfrutó la experiencia como una niña: se estremeció con la animación del jaguar, organizó funciones especiales para su familia y amigos, dio charlas y respondió preguntas, puso en la mesa discusiones necesarias y reconoció en los ojos de muchos visitantes la mirada de quien deja de ver la naturaleza como una mancha verde y empieza a atravesar otra capa del entendimiento. Todo eso en medio de un teatro que era una contrariedad sugestiva: una pequeña maloca cercada por concesionarios y tiendas de ropa cara. A la salida los visitantes

dejaban por escrito sus compromisos con el cuidado de las selvas. En las tarjetas se repetía la lección: no quemar bosques, cuidar a los animales, no tirar basuras y sembrar más árboles.

“El capitalismo está hecho para cortar las relaciones que tenemos con el origen del mundo. ¿De dónde vienen los componentes de los teléfonos celulares? De la tierra, es decir, yo tuve que quitar bosque para poder sacar esos minerales... ¿De dónde viene la carne del almuerzo? La huella de la deforestación en Colombia es gigante, y lo que yo como todos los días podría estar afectando las selvas. Estos espacios son importantes porque nos hacemos este tipo de preguntas. Mi perspectiva no es la más anarca, pero tampoco la más callada; es estratégica: tenemos que encontrar formas, a través del lenguaje amoroso, de hablar de estos temas que chocan con la vida. Me parece bacano que podamos

influir de algún modo en estos lugares. Uno tira muchas semillas al mundo, en distintos lugares, y una que otra germina. Tal vez uno nunca se vaya a dar cuenta, o puede que uno sea riego de semillas que otros sembraron. Cuando yo entendí eso, me dije: yo hago mi parte porque esto para mí también es sanador”.

*Nunca dejamos de ser niños, me doy cuenta.
Y lo peor de todo: la frase parece cierta.
¡Pobre Kant!
Crece el cuerpo, quizá el individuo,
no la especie.*

*Los apuntes de Humboldt,
Daniel Montoya*

Hace dos meses Cristina subió a la tercer alta cumbre de su vida: el Cumbal, en Nariño. Mientras gran parte del país esperaba con ansias el inicio del partido final de la Copa América, ella descansaba después de más de doce horas de ascenso. Salieron a las dos de la mañana y regresaron a las cinco de la tarde. Fueron más de doce horas de luchar contra el cansancio, el miedo y el dolor, hasta alcanzar un instante pleno de contemplación y agradecimiento. Más de doce horas de sincronía con el mundo. Arriba, en la cumbre, el resuello de las fumarolas le contó que la montaña también está viva.

En sus treinta Cristina ha descubierto que el cuerpo ayuda a digerir el caos que

habita la mente. Que subir montañas es una manera de ponerlos a prueba a ambos, mente y cuerpo, y de exigirles que se mantengan en el presente; de sentir, también, ese engranaje perfecto: mente y cuerpo funcionando, acompañándose. La primera montaña que escaló en su vida fue el Cerro Tusa, en Venecia, por los días en que experimentaba un gran desamor. “Yo quería nivelar en el cuerpo el dolor que estaba sintiendo en el alma, sacarlo, superarlo”, cuenta. A ese ascenso le siguieron el del Páramo del Sol en Urrao, el nevado de Santa Isabel y el nevado del Cocuy. En las cimas se ha sabido mínima ante la inmensidad, pero también indomable. Adora la sensación de recompensa que encuentra, toda esa dopamina que se siente como un impulso, la conciencia de que al final de la montaña el cuerpo y la mente son más fuertes. También la oportunidad de valorar el cuerpo como una máquina sofisticada

que, sin importar cómo, es capaz de llegar a lugares insospechados. “En temas de autoestima, subir montañas es algo muy poderoso, porque son tus propias piernas las que te llevan a la meta. Podrías tener piernas más largas, más fuertes, más elásticas, pero estás ahí enfrentando el reto con el cuerpo que tienes, y ese cuerpo es el que está resistiendo y te está llevando a conseguir lo que quieres”.

Cristina todo el tiempo piensa, compara, traduce, convierte palabras y emociones en imágenes. Si algo le duele, se toca el estómago, y si algo la emociona, le brillan los ojos. Hay en ella una urgencia elemental de compartir, de que los demás no solo la escuchen sino que además entiendan y se conmuevan con el futuro del planeta. “No todo está perdido: todavía tenemos algo, y lo que tenemos es maravilloso. Por eso el discurso tiene que partir de mostrar lo increíble que es. No es negar la realidad sino

aprender a leerla. No es un discurso fingido sino una convicción. No es un amor ingenuo ni inconsciente; no desconoce que hay un problema terrible y un riesgo altísimo, que lo que nos queda es algo ya mermado, aporreado, pero reconoce la riqueza que aún tenemos y la importancia de enamorarnos de ella para partir desde el amor y no desde la preocupación, y así honrarla”.

Hace tiempo que dejó de creer en superhéroes que salvan el mundo: lo único que está en sus manos es salvar su propia vida. En cada clase que dicta, ya sea a universitarios o a niños, hace lo mismo: saca el corazón y muestra lo que más le importa y lo que más le duele. No concibe una forma de enseñar que no esté atravesada por sus recuerdos. A la hora de planear talleres o charlas con comunidades, tiene una máxima: convertir a las personas en protagonistas: “yo siento que se emocionan más cuando ven exhibido algo que ellas mismas

hicieron: una planta que sembraron o una postal que dibujaron con sus manos”. Cree en el poder de la reciprocidad. Que en una sociedad en la que estamos acostumbrados a arrebatar o a recibir sin agradecer, sus clases deben ser un espacio para regalar: una historia, una postal, un recuerdo olvidado. Piensa, por ejemplo, en los pagos indígenas, que son justamente una manera de devolverle a la tierra algo de lo que tomamos de ella, con abonos, nutrientes, cuidados: “la reciprocidad es una cosa poderosa. Ese yo te doy y tú me das es un círculo súper virtuoso. El mundo necesita de la reciprocidad...”.

Ya tiene planeadas sus próximas excursiones. Le gustaría ir al Chimborazo, en Ecuador, y al nevado del Tolima. También regresar a Islandia y cansarse de ver aurores boreales. Sabe que está hecha para el viaje. Que su espíritu aventurero necesita del movimiento y de la diversidad para

mantenerse activa. Vive con un pie en el futuro. La niña que hace doce años escribió en su diario que algún día trabajaría en Explora hoy es coordinadora de contenidos del Parque, y en los últimos meses hizo parte del equipo que pensó la renovación de las experiencias del Planetario para los próximos diez años. No sabe si ha sido el azar o la suerte, pero es como si una voccita le hubiera dicho todos estos años “por acá, por acá es”, y le hubiera concedido la fortuna de trabajar en proyectos que haría en su tiempo libre.

En las discusiones sobre la renovación del Planetario tuvo una de sus más recientes epifanías: “somos insignificantes en la inmensidad cósmica, pero al mismo tiempo somos todo lo que tenemos. La tierra, ese pixel de nada, es todo lo que tenemos, y por eso es tan importante. Ese mensaje es el que queremos comunicar. No vamos a un lugar como el Planetario a ver cohetes

y a leer qué ha hecho la Nasa, sino a preguntarnos por el milagro de la existencia y a pensar qué estamos haciendo con esta oportunidad tan única que tenemos de estar vivos en esa inmensidad. ¿Cuál debe ser nuestro papel ahí?”.

No se imagina en un lugar distinto al Parque Explora, por ahora. Tampoco se imagina trabajando sola porque necesita una manada: saber que está vinculada a otras personas que creen en lo mismo. Todavía tiene un diario rosa para los sueños y las aspiraciones, y otro más *dark* para los dolores, las rabias y las frustraciones. Ya van cinco cuadernos desde los ocho años. Millones de palabras que le han servido, sobre todo, para ver la vida en perspectiva. Ha sido un ejercicio juicioso de ordenar pensamientos de manera lógica para desenredar nudos y lograr que pesen menos en el corazón; una manera de salir de la marea y de poner afuera el caos interior. En esos

cuadernos repite una frase de cabecera que le regaló el naturalista John Muir en un poema: “Todo el mundo necesita la belleza tanto como el pan, lugares para jugar y meditar donde la naturaleza cura y da fuerza al cuerpo y al alma”.



Esta publicación es fruto de la estrategia
Mirar Distinto - Colaboratorio LEO, realizada
por la Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín
y Comfenalco Antioquia para fomentar bibliotecas
más humanas en nuestras comunidades.
Medellín, Colombia, 2024.

Una publicación de:

Vigilado Superintendencia

Comfenalco
Antioquia

PCLEO
En Medellín
tenemos *la palabra*


Alcaldía de Medellín
Ciencia, Tecnología e Innovación



Una publicación de:

Vigilado Supersubsidio

Comfénalco
Antioquia

PCLEO

En Medellín
tenemos *la palabra*



Alcaldía de Medellín
Dentro de
Ciencia, Tecnología e Innovación

ISBN: 978-958-8479-46-0



9 789588 479460